

IGNACIO R. MARTÍN VEGA

Y ahora... Tú



éride ediciones

Y ahora... Tú

La lluvia regaba con cierta parsimonia los campos mientras Alejandro notaba con evidente inquietud cómo la nostalgia inundaba todo su ser. Era el innegable presagio de una etapa incierta, la del final de sus días, encerrado, tirado en ese sitio oscuro, aislado en una habitación y rodeado de personas con las que no llegaría a confraternizar jamás. Siempre se dijo que no le importaría finalizar su apocada vida en una residencia para ancianos. En años anteriores llegó a jactarse de que sus hijos no le limpiarían el culo, prefiriendo que fuera un profesional quien llegara a hacerlo cuando llegase el caso. El momento se había presentado sin avisar y tendría que asumir que el gélido invierno de su vida se escribiría con impasibles renglones en aquella sombría estancia. No se dejaría abatir tan fácilmente. Tendría que buscar urgentemente ese «no hay mal que por bien no venga» que siempre fue una constante y una máxima en su vida. Las navidades estaban cercanas y sus hijos le habían prometido sacarlo de aquel opaco lugar para llevarle con ellos en aquellas entrañables fechas.

Las instalaciones no le resultaban del todo extrañas. La semana anterior, uno de los responsables del lugar, muy amablemente, le mostró las bondades de aquel centro. Otro que se cruzó en su vida intentando venderle una moto adornándola de tecnología y prestaciones. Lo trataban como si fuera un discapacitado mental; ya tenía suficientes motos aparcadas en su garaje. Le prometieron un conjunto de actividades para mantenerse vivo el mayor tiempo posible. Se preguntaba cómo en un espacio totalmente desconocido para él, donde pasaría los últimos días de su vida,

—considerando que era equivalente a esos cementerios de elefantes a donde van solo cuando saben que su vida se apaga— pudiera de algún modo estar ocupado o feliz.

Sus envejecidas pertenencias se las habían llevado la tarde anterior mientras uno de sus nietos le hizo compañía. Sus dos hijos y las nueras le decoraron la habitación con muy buen gusto. Así que se acomodó en su habitáculo, tomando posesión de lo que iban a ser sus nuevos dominios. Le habían explicado cuáles eran los horarios de las fastidiosas actividades, también de la comida y horario de esparcimiento o descanso. Lo que menos le disgustaba era aquel enorme jardín que se vislumbraba desde la parte posterior del edificio y que parecía estar magníficamente bien cuidado por un diestro floricultor. Desde que su nuera le regaló el libro electrónico para su cumpleaños lo llevaba consigo a todas partes. Le gustaba tener íntimos momentos de soledad y recogimiento dedicados a la lectura.

Su estado general era óptimo a pesar de sus ochenta y cinco años. Se conservaba en plena forma, y si no surgía ningún contratiempo viviría unos cuantos años más. Su familia siempre fue longeva, su genética era dura y resistente.

Decidió, después de haberse instalado en aquella fría habitación y haber pasado los primeros momentos compadeciéndose de sí mismo, salir de ahí perentoriamente y buscar algún rincón de esparcimiento. Como cuando era niño, intentaría encontrar aquel lugar para poder soñar, donde ser dueño de sí mismo y de sus circunstancias fuera su prioridad.

Octubre se estaba caracterizando por su inestabilidad y por la oscuridad de sus agresivas nubes descargando intensos aguaceros que inquietaban su alma. Los días acortaban su luz sin remedio, como símbolo de su existencia, y en ese instante, aunque era medio día, parecía que anochecía lo que provocaba en él cierto desmadejamiento. No sabía bien por qué, pero en ese instante notó que le podía la

melancolía. Notaba cómo estaba sumido en un estado de tristeza permanente, y eso que se había preparado minuciosamente para aquel áspero y confuso momento. Obligándose a salir de aquel desapacible estado anímico, abrió presto la puerta que daba acceso al jardín y recibió con cierto júbilo un golpe de viento cálido, que provocó espontáneamente que encogiera sus hombros y escondiese la cabeza dentro del cuello de su americana. Sabía que tendría que adaptarse y que al final aquella amarga eventualidad solo sería cuestión de tiempo.

La pérdida de su segunda esposa le cogió casi por sorpresa, a pesar de saber que había sufrido una penosa, angustiosa y larga enfermedad. Habían formado un buen tándem, y aunque no había sido aquella mujer con la que, *a priori*, había elegido compartir sus días —caprichos de la vida—, hizo que fuera su compañera de viaje desde los últimos años de vida. Se conocieron en la madurez después de haber cumplido los 50 y decidieron unir sus rumbos y sus almas, que parecían vagabundas, necesitadas de colaborar y combatir la soledad. Su matrimonio, cómo no, no había sido como aquellos tan maravillosos que salen en las películas. Tuvo sus luces y sus perturbadoras sombras, e incluso momentos en los que se pusieron sobre el tapete muchas desavenencias. Como toda convivencia, sobre todo al no ser el amor de su vida, tuvo sus momentos buenos y malos. Hubiese preferido a Lucía y la vida le jugó una mala pasada; a ella no la volvió a ver nunca jamás. Ahora la soledad le confirmaba que echaría de menos a esa mujer con la que apenas hablaba, la que no fue su gran amor y que le hizo tanta compañía en la última etapa de la vida. Hubo un tiempo en el que el afecto no se medía con hechos o palabras, con un solo gesto o mirada fue suficiente. Habían sido compañeros del último tercio del trayecto de vida.

Aunque el tiempo era desapacible, la temperatura era cálida. Un suave viento del sur acompañaba a aquellas

nubes que habían parado de descargar agua. Un hombrecillo se empeñaba en dar de comer unas migajas que le habían sobrado del desayuno a los gorriones que, congregados a su alrededor, recibían con entusiasmo el codiciado alimento. Pudo observar con cierto regocijo cómo un rayo solar asomaba tímidamente entre el lateral de una nube. En ese instante se arrepintió de no haber cogido su libro electrónico. Hacía buena temperatura y no era mala idea dedicar el tiempo a la lectura.

Alguien a su espalda abrió la puerta de acceso al jardín. Él había dejado el hueco suficiente para que pasase cualquier persona. Antes de cerrarse de nuevo la puerta, pudo percibir el olor característico proveniente de la cocina del centro, y aunque no olía mal, sabía que echaría de menos la comida casera.

La figura de una mujer se acercaba irremisiblemente a él, enigmática, apoyada en un bastón, muy erguida y con porte regio. Se quedó mirando con verdadera fijeza la silueta de aquella mujer que se aproximaba lentamente con la cabeza alzada. Al principio, y como ella aún estaba lo suficientemente lejos como para poder apreciar con detenimiento sus facciones, decidió bajar la mirada al suelo. Pudo contemplar un rosal aún refulgente que tenía frente a él. Posteriormente incorporó de nuevo la mirada, era como si hubiera sentido necesidad o una sensación intrínseca; y, cuando aquella mujer pasó por su lado, sintió un perturbador escalofrío que logró recorrer todo su cuerpo. Alcanzó a ver la intensidad de su mirada y consiguió en una milésima de segundo reconocerla. Aquellos ojos negros eran únicos y genuinos. Aquella mirada jamás podría pasarle desapercibida. Pasó por su lado con la cabeza erguida, la mirada firme, al mismo tiempo que perdía de su área de visión a Alejandro. No quiso hacer ningún ruido ni correr ningún riesgo de que se diera por aludida al sentirse observada y se pusiera a la defensiva. No se giró para

comprobar si ella salía del jardín: el chirrido de la puerta y el posterior portazo, provocado por un golpe de aire, confirmó que había desaparecido de su lado. Estaba plenamente convencido de que era ella, aunque hiciera casi cuarenta años que no la veía. La distinguió sin apenas margen de error: era Lucía.